

NACKLES

Curt Clark

¿Creó Dios a los hombres o el Hombre crea dioses? No lo sé, y de no haber sido por mi ruin cuñado, la cuestión jamás se habría planteado. ¿Mi *finado* cuñado? Solo Nackles lo sabe.

Todo depende de lo que vino primero, como en el caso del huevo y la gallina, miren ustedes. ¿Existió Dios antes de que el Hombre pensara en Él por primera vez, o no? Si no, si el Hombre crea sus dioses, quiere decir que el Hombre debe crear también los demonios.

Sabrán ustedes que casi todos los dioses tienen su correspondiente demonio. Bien y Mal. Los antiguos politeístas, prolíficos en la creación (?) de dioses y dioses, siempre elaboraban Malos casi suficientes para eliminar a los Buenos, aunque no tanto. Los griegos, esos increíbles superhombres, combinaban el Bien y el Mal en *cada uno* de sus dioses. En Zoroastro, Ahura Mazda, por ser el Bien, está siempre enfrentado con el Malo, Ahriman. Y nosotros mismos sabemos de Dios y Satán.

Pero, por supuesto, es totalmente posible que no tenga motivo alguno para preocuparme. Todo depende de si Santa Claus es un dios o no. Por cierto que *parece* un dios. Piénsenlo: es omnisciente, conoce la acción de cada niño, buena o mala. Al menos en Nochebuena, es omnipresente, se halla en todas partes al mismo tiempo. Administra una justicia atemperada por la misericordia. Es sobrehumano o por lo menos no humano,

aunque se lo concibe en forma humana. Colabora con él un cuerpo de ayudantes que *no* tienen formas totalmente humanas. Recompensa al Bien y castiga al Mal. Y lo más importante: en él creen sin reservas varios millones de personas, en su mayoría con menos de diez años de edad. ¿Hay algún requisito para la divinidad que Santa Claus no posea?

Y hasta los no creyentes le rinden homenaje formal. Ha llegado sin duda a dominar la Navidad; su efigie está en todas partes, pero ¿dónde están el pesebre y el niño Jesús? Relegados bastante melancólicamente a la nave de la iglesia. Además, el poder de Santa Claus está creciendo. Lentamente, pero con certeza, está usurpando también Chanukah. Santa Claus es un dios. No lo es menos que Ahura Mazda, Odín o Zeus. Piensen ustedes en la blanca barba, la carroza que arrastran por el aire animales de una casta que por lo común no vuela, las oraciones (pedidos de regalos) que se le envían anualmente y que tanto desconciertan al Correo, los sacerdotes con atavío especial en todas las grandes tiendas. Y ¿acaso los dioses no reflejan la sociedad de sus (?) creadores? Los griegos tenían una diosa cazadora, y dioses de la agricultura, la guerra y el amor. ¿Qué íbamos a tener nosotros, sino un dios del regalar, de la comercialización y del consumo? En otras épocas hubo dioses secundarios robustos, pero sin duda Santa Claus es el primer dios primario gordo.

Y dondequiera que haya un dios, ¿no debe haber tarde o temprano un demonio?

Lo cual me trae de vuelta a mi cuñado, a quien se debe culpar por lo que pase ahora. Mi cuñado Frank es —o era— un hombre muy mezquino y antipático. Nunca sabré por qué lo dejé casarse con mi hermana. Por qué Susie *quiso* casarse con él es un misterio más grande todavía. Supongo que podría encogerme de hombros diciendo que El Amor es Ciego, pero eso no explicaría por qué se enamoró ella de él, para empezar.

Frank es... Frank era... no sé simplemente qué tiempo de verbo utilizar. Ojalá que sea el presente. Frank es un hombre muy guapo a su modo, alto y fornido, pleno de vitalidad. Jugador de fútbol; ídolo en la Universidad y delantero en el fútbol profesional durante tres años hasta que se lastimó de modo irreparable la rodilla izquierda, lo cual le causó una cojera obligándolo a buscarse otro modo de ganarse la vida.

Los ex jugadores de fútbol son propensos a convertirse en agentes de seguros, no sé por qué. También Frank se hizo agente de seguros. Como Susie era entonces secretaria en la misma compañía, no tardaron en conocerse.

¿Quedó Susie deslumbrada por el ex ídolo, tan alto y buen mozo? Nunca ha sido de las que se deslumbran con facilidad, pero es imposible saber lo que pasa en la mente de otro ser humano. Fuera por lo que fuese, decidió que estaba enamorada de él.

Bueno, se casaron, y cinco semanas más tarde él le puso un ojo negro por primera vez. Y por última, aunque pudo no haberlo sido, ya que Susie trató de impedir que yo lo descubriera. Yo estaba invitado a cenar esa noche en su casa, pero a las once de la mañana ella telefoneó a la agencia de automóviles donde trabajo para decirme que tenía jaqueca y tendríamos que postergar esa cena. Pero tan alterada se la notaba, que inmediatamente supe que algo andaba mal, de modo que saqué un auto de los que se usan para demostraciones y fui a verla. Cuando abrió la puerta de calle le vi el ojo morado.

Lentamente, a empujones y arranques, logré que me contara lo sucedido. Según parecía, Frank tenía muy mal carácter. Ella pretendió disculparlo porque se veía obligado a ser corredor de seguros cuando en realidad ansiaba estar de nuevo en el campo de fútbol, pero yo, que quiero ser presidente y soy vendedor de automóviles, no *ando* poniendo el ojo negro a las mujeres. Por eso decidí que me correspondía hacer saber a Frank que no

debía desahogar su resentimiento en mi hermana nunca más.

Lamentablemente, mido un metro sesenta y seis y peso sesenta y cinco kilos con el *Times* dominical bajo el brazo. Si le decía simplemente a Frank lo que pensaba, me pondría sin duda un ojo negro, haciendo juego con el de mi hermana. Esa tarde, por consiguiente, compré un bate de béisbol reglamentario y lo llevé esa noche, cuando fui a ver a Frank.

Él mismo abrió la puerta y gruñó:

—¿Y tú qué quieres?

Como respuesta, le hundí la punta del bate justo encima del cinturón, para quitarle el resuello. Después, habiendo obtenido con tan poca ética la supremacía, lo aporreé cinco o seis veces más, para luego decirle:

—La próxima vez que golpees a mi hermana no te librarás con tan poco.

Tras lo cual llevé a Susie a cenar a *mi* casa.

Y me convertí en el mejor amigo de Frank.

Personas así son tan imposibles de entender. Hasta el episodio del bate de béisbol, Frank no tenía para mi otra cosa que un franco desprecio. Pero en cuanto le di una tunda fue mi camarada para toda la vida. Y estoy seguro de que era sincero; se habría quitado la camisa para dármele, de haberla querido yo, cosa que no ocurría.

(Además, dicho sea de paso, jamás volvió a golpear a Susie. Seguía teniendo mal carácter, pero lo desahogaba arrojando muebles por la ventana o abollando paredes a puñetazos o yéndose al centro para iniciar una trifulca en algún bar. Ofrecí enseñarle a no maltratar la casa ni el moblaje tal como le habla

enseñado a no maltratar a su esposa, pero Susie dijo que no, que Frank necesitaba soltar presión y que sería peor si se le obligaba a contenerla toda en su interior, de modo que el bate de béisbol permaneció inactivo.)

Después vinieron los hijos: tres en otros tantos años. Primero vino Frank hijo, luego Linda Joyce y por último Stewart. Susie abrigaba la desolada esperanza de que la paternidad moderara a Frank en alguna medida, pero sucedió precisamente lo contrario. Llantos de bebés, pañales hediondos, sueño interrumpido y esposas aturcidas son cosas que acongojan y atribulan a cualquier hombre, pero para Frank fueron como todo lo demás en su vida: la última gota.

En una palabra, empeoró. No sé cuántas veces impidió Susie que causara algún daño grave a un bebé que chillaba. A medida que los niños crecían hacia la edad de razonar, la expresa actitud de Frank hacia ellos era que lo que más les convenía era hallar un modo de hacerse invisibles. Los niños, claro está, no simpatizaban mucho con él, pero en fin, ¿quién simpatizaba?

Fue en la Navidad pasada cuando eso empezó. Frank hijo tenía entonces seis años, Linda Joyce cinco y Stewart cuatro, de modo que los tres eran lo bastante grandes como para haber oído hablar de Santa Claus y lo bastante pequeños, con todo, como para creer en él. Alrededor de octubre, cuando estaba empezando la temporada navideña, Frank comenzó a usar la reprobación de Santa Claus como arma para mantener a los niños "en línea" (eso, para él, quería decir mantenerlos mudos, inmóviles y aterrados). Muchos padres, por supuesto, procuran imponer obediencia de igual manera: "Si te portas mal, Santa Claus no te traerá ningún regalo". Lo cual, pensándolo bien, es un tipo de castigo negativo y pasivo, liviano en comparación con el fuego eterno y el azufre y demás. En otra época, Santa Claus solía tratar a los niños malos con algo más de desdén, dejando en sus calcetines un trozo de carbón en lugar de regalos. Pero supongo

que la Depresión contribuyó a modificar eso: en ciertas épocas y situaciones, un trozo de carbón no es cosa de despreciar.

Como quiera que fuese, la ausencia de regalos era un castigo demasiado débil para lo que se proponía Frank, y por eso en la Navidad pasada inventó a Nackles.

¿Quién es Nackles? Nackles es para Santa Claus lo que Satán es para Dios, lo que es Ahriman para Ahura Mazda, lo que el Viento Norte es para el Viento Sur. Nackles es el nuevo Mal.

Creo que Frank realmente *disfrutó* creando a Nackles; pensó mucho en sus detalles. De acuerdo con Frank, y según lo recuerdo yo, Nackles es así: muy, muy alto y muy, muy flaco. Todo vestido de negro, con un rostro demacrado y gris y profundos ojos negros. Anda por una intrincada serie de túneles bajo la tierra, en una carroza negra que se desplaza sobre rieles, tirada por un octeto de machos cabríos de mortal blancura.

Y ¿qué hace Nackles? Nackles se alimenta con la carne de niñitos y niñitas. (Esto decía Frank a sus hijos, ¿pueden creerlo ustedes?) Nackles merodea de un lado a otro bajo la tierra, en sus oscuros túneles, más oscuros que túneles de subte, arrastrado por los ocho machos cabríos de mortal blancura, y busca niños y niñas para meterlos en su gran bolsa negra, llevárselos y comerlos. Pero Santa Claus no le deja llevarse niños y niñas *buenos*. Santa Claus, que es más fuerte que Nackles, mantiene un escudo protector alrededor de los niñitos para que Nackles no pueda alcanzarlos.

Pero cuando los niños son malos, esto daña a Santa Claus y debilita el escudo que éste ha colocado alrededor de ellos; y si se siguen portando mal, pronto no queda escudo, y en Nochebuena, en lugar de bajar Santa Claus del cielo con su bolsa llena de regalos, sale Nackles del suelo con su bolsa vacía, mete en ella a los niños malos y se los lleva a sus oscuros túneles.

Frank estaba orgulloso de su invención, realmente orgulloso de ella. No sólo usaba a Nackles para amenazar á los niños cada vez que cometían la temeridad de ponerse al alcance de su vista, sino que también propagó a otros la versión. Me lo contó a mí, y a sus vecinos, y a gente en los bares, y a los clientes que visitaba trabajando en la venta de seguros. No sé a cuántas personas habló de Nackles, aunque calculo que habrán sido bastante más de cien. Y en el mundo hay más de un Frank: de vez en cuando me contaba que un cliente, un vecino o un compinche del bar, al oírle hablar de Nackles, había dicho: "Vaya, excelente. Es lo que me hacia falta para tener en línea a *mis* mocosos".

Así fue creado Nackles, y así fue promulgado. Y ¿alguno de los desdichados niños a quienes se les presentaba Nackles creían menos en este Ser Malo que en Santa Claus? Claro que no.

Todo esto sucedió, como dije, la Navidad pasada. Frank inventó a Nackles, lo utilizó para intimidar más a sus ya intimidados hijos y reveló su historia a todos aquellos con quienes se encontraba. Estoy seguro de que la Navidad del año pasado hubo en esta ciudad más de un niño que sintió alivio y cierta sorpresa al despertar como siempre, en su propia camita, y encontrar los regalos abajo, junto al árbol, lo cual demostraba que Nackles había sido evitado un año más.

En cuanto a Frank concernía, Nackles permaneció en estado latente desde el 25 de diciembre del año pasado hasta octubre de este año. Entonces, cuando el país volvió a llenarse de imágenes y sonidos navideños, regresó Nackles, tan vivaz y perverso como siempre.

—¡No esperen que yo lo detenga! —solía gritar Frank—. Cuando la noche antes de Navidad salga del suelo para llevárselos en su bolsa, ¡no esperen ayuda alguna de *mí*!

Este año fue peor que el anterior. A Frank no le iba financieramente tan bien como había previsto. Después, a

principios de noviembre, Susie descubrió que estaba otra vez embarazada. Entre una cosa y otra, el humor de Frank amenazaba ponerse peor que nunca. Constantemente gritaba a los niños y el nombre de Nackles nunca estaba muy lejos de su boca.

Susie hacía lo que podía para contrarrestar la mala influencia de Frank, pero él no le permitía hacer gran cosa. Durante todo noviembre y diciembre estuvo en su casa cada vez más tiempo, porque de todos modos la temporada navideña no es buen momento para vender seguros y porque además, como odiaba su trabajo, le dedicaba menos tiempo. Cuanto más odiaba el trabajo, más empeoraba su carácter, y más bebía, y más se acentuaba su cojera, y más fuertes eran sus gritos y más violentas sus referencias a Nackles. Aquello se acumulaba y se acumulaba, y alcanzó su crescendo la víspera de Navidad, cuando alguna infracción pequeña o imaginaria de uno de los niños —creo que Stewart— hizo que Frank sacara todos los regalos navideños de todos los armarios y los guardara en el automóvil para llevarlos de vuelta a las tiendas, porque sin duda esa Navidad no sería Santa Claus quien visitara esa casa, sino Nackles.

Cuando Susie logró acostar a los niños, todos en la casa tenían los nervios a la miseria. Los niños estaban tan asustados que no podían dormir, y la misma Susie estaba demasiado alterada para contribuir mucho a calmarlos. Frank, que últimamente había empezado a beber en casa, se habla encerrado en el dormitorio con una botella.

Fueron casi las once antes de que Susie calmara a los niños. Entonces fue hasta el automóvil, trajo de vuelta los regalos y los acomodó bajo el árbol. Después, como no quería volver a ver esa noche a su marido —que parecía un enorme niño malcriado en pleno berrinche—, se durmió sola en el sofá del living room.

Por la mañana la despertó Frank hijo gritando:

—¡Mira, mamá! ¡Nackles *no* vino, *no* vino! Y señalaba los regalos colgados por ella bajo el árbol.

Poco después bajaron los otros dos niños. Susie y los pequeños, sentados en el suelo, abrieron los regalos, disfrutando lo más posible, aunque con cautela. No hubo ninguno de los habituales chillidos de placer infantil; nadie quería que papá arremetiera escaleras abajo con una de sus rabietas. Por eso los niños se contentaron con sonrisas de oreja a oreja y exclamaciones susurradas. Al cabo de un rato Susie preparó el desayuno y el día continuó lo más agradablemente posible, dadas las circunstancias.

Fue poco después de las doce cuando Susie comenzó a inquietarse por la no aparición de Frank. Reunió coraje para subir, golpear la puerta cerrada y llamarlo por su nombre, pero no obtuvo respuesta, ni siquiera el gruñido previsto. Por eso, alrededor de la una, me llamó y yo acudí enseguida. Di fuertes golpes en la puerta del dormitorio sin conseguir respuesta y terminé amenazando con derribar la puerta si Frank no abría. Cuando seguí sin obtener contestación alguna, derribé la puerta nomás. Y Frank, por supuesto, no estaba.

Dice la policía que huyó, abandonando a su familia, debido principalmente al cuarto embarazo de Susie. Dicen que salió por la ventana saltando al patio del fondo, para que Susie no lo viera y procurara detenerlo. Y dicen que no se llevó el auto porque temió que Susie lo oyera poner el motor en marcha.

Todo eso suena muy razonable, ¿verdad? Y sin embargo, simplemente no puedo creer que Frank abandonara a Susie sin antes vociferar bastante. Ni que dejara su automóvil, por el cual tenía más afecto que por su esposa e hijos. Pero ¿qué alternativa hay? Una sola se me ocurre: Nackles. Preferiría no creer eso. Preferiría no creer que Frank, al inventar a Nackles y propagarlo, lo haya vuelto real. Preferiría no creer que en verdad Nackles visitó la casa de mi hermana en Nochebuena.

Pero ¿lo hizo? En tal caso, no pudo haberse llevado a ninguno de los niños, porque en ninguna parte se hallará un trío infantil más sosegado y de mejor conducta. Pero Nackles, siendo flamante y no habiendo comido nunca antes, habría necesitado *alguien*. Alguien para quien fuese real, alguien no protegido por el escudo de Santa Claus. Y como dije, esa noche Frank estaba bebiendo. El alcohol hace que el cerebro crea en toda clase de cosas. Además, Frank era un niño malcriado.

Es innegable que Frank hijo, Linda Joyce y Stewart creen en Nackles. Y Frank difundió el evangelio de Nackles a otros, algunos de los cuales lo comunicaron a sus propios hijos. Y algunos de los cuales propagarán el nuevo Mal a otros padres. Y la nuestra es una sociedad móvil, donde las familias son constantemente trasladadas de una ciudad a otra por la compañía donde trabaja papá. ¿Cuánto tardará entonces Nackles en ser una potencia no solo en esta ciudad, sino en toda la nación?

No sé si Nackles existe o si existirá. Lo único que sé con certeza es que de pronto la letra de esa canción popular navideña tiene un nuevo sentido. Ya saben a cuál me refiero.

Mejor cuídate.

FIN

Título del original: Nackles.

Traducción: Ariel Bignami.

Edición digital: Sadrac.